

Cómo nació la filosofía griega

Homo natura scire desiderat.

Aristóteles.

El hombre, como dice Aristóteles, lleva ingénita en su espíritu la sed del saber, que lo impulsa con fuerza irresistible a buscar la verdad, al modo que las plantas se inclinan a la luz. La historia del pensamiento, con todos sus delirios y utopías, ha sido un continuo agitarse de la especie humana, que dotada del instrumento de la razón no ha cesado de moverse, a través de su peregrinación secular, al impulso de aquella arraigada tendencia, ante las preocupaciones que cada siglo le presenta como nuevos horizontes que separan y coronan las grandes conquistas de la inteligencia.

Mas Dios, en sus disposiciones divinas, para mostrar en admirable antítesis, la flaqueza de la razón humana al lado de la superioridad de la revelación, quiso presentar en el mundo antiguo, dos pueblos que luchan por llegar a la posesión de la verdad: el pueblo griego y el pueblo hebreo. Ambos marchan en pos de la deidad que cautiva sus entendimientos, pero el uno lleva por antorcha la razón, el otro la revelación. Son dos pueblos que a pesar de sus contrastes, ofrecen ostensibles paralelismos, como dos ríos que partiendo de una misma fuente, se alejan y se acercan en medio de las ondulaciones del valle que atraviesan. Aquél en sus devaneos, con su *fatum*, caprichoso decreto de sus ciegas divinidades, concibe la vida como ineludible juguete de sus dioses, y crea una moral sensual e individualista, en la que cada conciencia—cual otro Sinaí—se promulga para sí una ley cuyos derechos no encajan ni armonizan con los deberes de los demás, haciendo del indi-

viduo un sér aislado del mundo moral que le produce la desesperada impaciencia del vivir; éste, aprecia el valor inestimable de la vida y en su moral completa en los Diez Mandamientos, ve las relaciones que lo unen a Dios y a su semejante, viéndose estimulado por el obrar congruente de quienes se encaminan a la consecución de un mismo fin. Al paso que el pagano asombrado ante las maravillas del universo, gasta siglos en suscitarse problemas y establecer sistemas que expliquen el origen del mundo, el israelita encuentra la satisfactoria solución de este interrogante en las primeras páginas del Génesis: *In principio creavit Deus coelum et terram*. Desfilan ante la nación griega filósofos y sofistas que cual otros reveladores del pensamiento, se presentan a las multitudes con el imperativo *Ὁ Διδάσκαλος ἐφῆ*—el Maestro lo ha dicho—como última razón de sus afirmaciones y enseñanzas, imponiendo los unos preceptos que los otros ponen luego en tela de juicio, llegando así al anarquismo del pensamiento, porque ensoberbecido el propio criterio, la misma razón se encarga de destruir lo que ella ha edificado; en el pueblo escogido, con su serie de profetas, mensajeros del mismo Dios, se uniforman las conciencias porque al declarar éstos las verdades divinas, se presentan revestidos de aquella autoridad que encarnan las solemnes palabras con que dan principio a sus discursos: *Dixit Dominus*, dándoles un peso de asentimiento y certeza de que carecía la sabia filosofía griega.

A la luz de estas ligeras comparaciones no puede menos de condenarse el decir de los filósofos racionalistas, quienes afirman maliciosamente que la revelación ahogó el esfuerzo de la razón, pues al paso que ésta deja vacíos imposibles de llenar, es dirigida por aquélla que la libra de los extravíos a que la conducen sus pro-

pios prejuicios, porque la revelación es un rayo de luz que dimana de la misma esencia divina y va directamente al hombre, mientras que la razón es débil resplandor que arranca de la mente humana y se dirige a la Verdad absoluta a través de la opacidad de las criaturas.

Con todo, ningún genio como el griego se ha levantado a mayores alturas ni desarrolló más la actividad de la inteligencia, impresionando tan hondamente, según expresión de un autor, la retina de la humanidad, pues él sorprendió los eternos problemas que en todos los tiempos han sido el profundo meditar de los grandes pensadores. En su lenguaje el *λόγος* que significa la palabra, expresa también la misma razón, de tal manera que puede decirse, que pueblo esencialmente pensador, en su idioma se dieron la mano la expresión y el pensamiento, se fundieron la filosofía y la palabra. Con Grecia, pues, el mundo entró en el uso de la razón porque con ella comenzó a pensar.

La humanidad en su desarrollo ha seguido las etapas del niño, que deslumbrado por los objetos que le rodean, reconcentra en ellos la atención inquiriendo el por qué de las cosas a medida que se desarrolla su inteligencia. De aquí que para el hombre primitivo, el mundo constituya el objeto primario de sus contemplaciones sin sospechar todavía el complicado y admirable mundo de su espíritu. Detenido en una incipiente filosofía objetiva, se eleva hasta el concepto de un Dios, hasta que los primeros ensayos de la reflexión moral le hacen volver los ojos a su propio yo, presentándosele en su agobiadora grandeza, Dios, el mundo y el hombre, cuyo orden y enlace invisible constituirán para él toda la materia prima sobre que ha de investigar la razón.

En presencia del universo los primeros hombres conscientes de su debilidad y pequeñez, se anonadan y no pudiendo explicarse los fenómenos naturales que los aterran, como el rayo, el mar, la tormenta, tratan de consolarse y de ponerse al abrigo de las fuerzas destructoras, personificándolas en otras tantas divinidades. Nace entonces la religión con su culto a los dioses, quienes forjados por el temor, habrían de proteger a los débiles mortales. Al rededor de esta idea madre se forma todo un conjunto de leyendas y creencias, que aumentadas por las tradiciones que el Egipto entregaría al genio griego, son aceptadas ciegamente por la conciencia colectiva que las recibe como un tesoro tradicional intangible todavía para la crítica de la razón. De aquí que como en los tiempos propicios a la epopeya, el filósofo se confunda con el poeta y el legislador, pues no es más que un eco fiel de las creencias religiosas de la multitud, porque la filosofía como la lírica es planta que crece a la sombra de la propia personalidad, y sólo a medida que la razón individual vaya cobrando vigor, se irá bosquejando un sistema filosófico propiamente dicho. Nótase este primer paso cuando la consideración respecto de los dioses establece en sus relaciones con los hombres los primeros principios de una moral, lo cual a pesar de ser todavía un trabajo social y colectivo, va abriendo camino a la separación de la filosofía de la religión.

Esta iniciación filosófica se marca desde el momento en que la razón principia a darse cuenta de las exigencias morales que regulan la sociedad. Se comienza por apreciar el mérito de la virtud como necesaria en las relaciones sociales y se ve la necesidad de que el ojo de Zeus vigile las acciones humanas, ya que en el mundo el prurito de dominación convierte a unos en víctimas de los otros. Compréndese por qué la virtud

de la justicia tan estimada de los mortales, hubo de refugiarse en los dioses, pues que las virtudes alejadas de los hombres, deben mostrarse en seres superiores como prototipos de imitación no sujetos a las humanas fluctuaciones.

Mas la humanización de los dioses homéricos da principio a una crítica personal, porque siendo éstos en su obrar semejantes a los hombres, están sujetos también a las debilidades de su naturaleza, con lo cual se hacen accesibles a la censura, según un orden superior de moralidad ya concebida. Homero debilita el sentimiento religioso y hace sus dioses más arbitrarios, pues en él la justicia de Zeus es el instrumento de una voluntad caprichosa e irritable, o sea el Destino, cuyo juego ininteligible era contrariar o engañar nuestra voluntad de ser justos. En Hesíodo es la sentencia de una conciencia que juzga rectamente según una ley establecida, cuya transgresión castiga de manera inflexible.

Tal discrepancia en el concepto de una justicia encarnada en seres sobrenaturales, conduce a concebir una moralidad todavía más levantada, con lo cual la razón da un paso más, hasta que el genio audaz de Teognis de Megara—precursor de los futuros sofistas—crítica abiertamente la conducta de los dioses. Desconcertado por la rara inconsecuencia de Zeus, se pregunta: ¿Por qué conociendo a fondo el corazón de cada hombre, dueño todopoderoso de todas las rosas, reserva el mismo lote al justo y al injusto?... ¿Por qué da a veces al segundo la prosperidad mientras que el primero es vencido por la pobreza?... Es la voz de un ideal moral que escrito por la naturaleza en cada conciencia, se encarga de juzgar la misma moralidad divina.

Establecida y determinada la tradición con sus creencias, suministra a los primeros filósofos una materia dis-

cutible, lo que se manifiesta en el esfuerzo por la formación de una representación coordinada y sistemática del universo y de las relaciones que envuelve.

Esta representación—apartándose del temor a las divinidades—es semi-afectiva y semi-intelectiva y se presenta bajo la forma de *mitos*, es decir, de relatos que explican el origen y la genealogía de personajes divinos, que revestidos de imágenes, se hacen semejantes a los hombres. El mito denota un proceso de la inteligencia, que sobreponiéndose al sentimiento religioso, se esfuerza en hacer las creencias más aceptables revistiéndolas de formas inteligibles. Son una explicación de los ritos de un culto antiguamente practicado.

Se avanza todavía más cuando el entendimiento del poeta incapaz de elevarse a las abstracciones sin personificarlas, distingue, sin embargo, entre las potencias reales y sus personificaciones. En el fondo de los mitos ya puede apreciarse, por lo tanto, una base científica porque al buscarse la subordinación de los dioses entre los que debe existir un tronco común y primitivo de donde se desprenden los demás como de un principio de generación, se plantea un fondo científico de donde procedan todas las cosas. En seguida, como dice Robin, el pensamiento racional no hará más que continuar este esfuerzo de la teogonía y de la cosmogonía místicas; al transformarlo por un cambio de orientación producirá la ilusión de una creación enteramente nueva y espontánea, cuando en realidad no hace más que desenvolver un germen preexistente. Así, agregamos nosotros, la filosofía nutrida en su infancia al calor del sentimiento religioso, al iniciarse en su juventud toma nuevo derrotero, para lo cual se aleja de la casa de los dioses.

Con Tales de Mileto, genio de origen incierto y de osada iniciativa, la filosofía se separa definitivamente

de la teología para involucrarse en la ciencia tornándose menos divina y más humana. De él arrancará esa cadena de filósofos que proponiéndose menos satisfacerse a sí mismos que comunicarse a los demás, encontrarán la forma demostrativa para dar fuerza a sus sistemas despojados ya de aquella altiva solemnidad con que la cosmogonía cobijaba sus mitos. Nótese, por lo tanto, un esfuerzo verdaderamente libre y personal que sin desear del todo la antigua tradición pretende ser sostenido por ella.

La doctrina del sabio milesiano es completamente nueva en el método que inaugura y en su modo expositivo, pues los problemas cosmogónicos toman en él una representación científica. Dos realidades aparecen a su experiencia: materia y fuerza. Queriendo explicarse el continuo mudarse de las cosas, concibe un fondo permanente que produce y evoluciona todo al que llama *φύσις*, naturaleza, con lo cual prelude la famosa teoría de la materia y forma, que más tarde el pensamiento escolástico habría de asentar como doctrina fundamental. Ve distribuida en la materia una fuerza viva que todo lo anima, concepción panteísta que lo llevó a decir que todas las cosas están llenas de dioses: *Πάντα Θεῶν πληρῆν*. Pero al remontarse de pocos fenómenos observados, al agua como principio constitutivo del universo, coloca una realidad sólo al alcance de los sentidos con lo que aparece como el padre del más crudo positivismo.

De tal manera que Tales es considerado como el primer filósofo, no sólo por ser el primer hombre de trabajo personal, sino porque la trascendencia de su doctrina irradia hasta en los más remotos pensadores griegos, en quienes la eterna disputa tomaría mayores proyecciones como crecen y se agigantan las ondas del mar hasta morir en las riberas de la playa. Su teoría

Inspiró a Anaximandro, más filósofo que su maestro, *el infinito indeterminado*, el *τό ἄπειρον*, que hace concebir a Anaximenes su unión de los contrarios y a los pitagóricos la armonía de las esferas, quienes en la concepción del número encuentran los principios de una metafísica; sigue el pensamiento en su gloriosa ascensión hasta los eléatas que al negar el testimonio de los sentidos, afirman la unidad absoluta del sér y su permanencia y crean la ontología; culmina en Sócrates y los sofistas que al buscar la esencia de las cosas, inspiran a Platón su maravilloso mundo de las ideas y encuentra su coronación en el Estagirita que descubre el primer motor que da fuerza y movimiento al universo remontrándose a la idea de un Dios en *acto puro*.

El genio griego realizó grandes esfuerzos y en sus investigaciones recogió chispas de verdad que le prepararon mejor que a ninguno para recibir la filosofía y la moral del Evangelio, al decir de Clemente de Alejandría. Son en la historia el griego y el judío, dos pueblos que, en medio de las tinieblas del mundo pagano, se levantan como empinadas sierras sobre las cuales el sol de la verdad cristiana anuncia y refleja las auroras de su lumbré inmarcesible.

ANTONIO ANDRADE CRISPINO

Alumno externo



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico